

Título: UNA SIMPLE CANCIÓN

Lema: Las trampas de la memoria

Dicen que la media de personas que serán propietarias de un mismo coche a lo largo de su vida es de tres. No es extraño, pues, que al volante del que ahora conduzco otras manos antes que yo hayan clavado sus dedos asustados en una curva peligrosa, que unos ojos fascinados hayan visto a través del parabrisas paisajes que yo no veré nunca, o que alguien haya desvelado confesiones íntimas con la mirada al frente para no salirse de la carretera.

Hace años compré un coche de lujo de segunda mano y al salir del concesionario, mientras maniobraba y toquiteaba el cuadro de mandos, saltó la música. El anterior propietario se había dejado olvidado un CD en el reproductor y un hombre cantaba en alemán una canción melódica que no reconocí. Aparqué y me quedé escuchándola. Evocaba en mí una rara nostalgia. *Merci, merci chérie...* La escuché varias veces sin entender lo que decía. Sin entender de dónde venía aquella emoción.

En el primer viaje llevé a mi madre al pueblo a pasar el verano. Lo repetimos algunos años, hasta que ya no estuvo en condiciones de desplazarse. Su salud fue deteriorándose y perdió el interés por casi todo. Cuando ya no pudo seguir más en su casa, con la cuidadora desbordada y ella cada vez más alejada del mundo y de todos, cuando empezó a decir cosas raras, a saludar a los que no estaban, a escaparse y a perderse, llegó el momento de ingresarla en una residencia.

La recuerdo con el pelo muy corto. Es lo más práctico para ir a esos sitios, dijo la peluquera, cortito y fácil de lavar y peinar. No creo que a mi madre le gustara ese corte. Tampoco sé si se vio en el espejo del recibidor al salir de casa. Yo sí la miré, con una profunda tristeza. Cierra con llave, dijo, ella que casi nunca decía nada. Yo arrastraba su maleta y ella llevaba en sus brazos como a una criatura el aparato portátil de radio-cd rojo, antiguo, que había sonado en casa tantos años. Me llevo la música, había dicho, y juntos habíamos seleccionado algunos compactos, aunque poco los iba a escuchar en su nuevo hábitat.

En el trayecto en coche le dije que eligiera una música. Se miraba las carátulas como quien hojea distraída una revista, sin poner atención. Todavía no sé por qué, saqué de la guantera el CD del antiguo propietario.

Con los primeros acordes del piano, mi madre se giró hacia mí y preguntó: ¿Udo Jurgens? Yo le respondí: sí, creo que sí, ¿la conoces? No me contestó. Pocas veces

podíamos tener una conversación, cuando eso ocurría hablábamos cualquier cosa, aunque el tema no me interesara en absoluto, solo por el placer de charlar, de sostener un diálogo por breve que fuera. Esta vez no fue así y lo que vino a continuación todavía hoy no lo comprendo. En voz baja, pero con una entonación perfectamente acoplada, mi madre cantaba con él la canción, en alemán. Sincronizadas las voces, con casi idéntica pronunciación, solo que ella no sabía alemán, no tenía apenas estudios, y aquello no tenía que ver con la música que le gustaba. Yo la miraba de reojo para no perder el control del volante y la escuchaba cantar con el dominio de aquella otra lengua, sin dar crédito. Sin entender lo que pasaba, sin preguntar, sin romper el hechizo. Se le quebró la voz y no la pudo acabar. Jurgens la acababa en francés: *adieu, adieu...* Mi madre lloraba con una emoción quizás parecida a la mía cuando la escuche años atrás al estrenar el coche.

Yo, de joven, me aprendí muchas canciones en inglés sin saber el idioma. A fuerza de escucharlas una y otra vez, sin entender lo que decían, algunas llegué a pronunciarlas bastante bien. Descubrí a Leonard Cohen, que no había ni Dios que lo entendiera y me aprendí Suzane, cuan larga era: *Susan teiks yu daun to her pleis nir de river...* Quizás mi madre, por algún motivo desconocido, se aprendió esa canción del mismo modo. Les pregunté a las tías, dos octogenarias, mejor conservadas mentalmente que su hermana. Nada. No tenían ni idea. La canción era de Eurovisión, eso sí lo recordaban, pero el resto debían ser imaginaciones mías, que debía estar afectado por sacarla de su casa. Como si la culpa y la canción alemana tuvieran una relación de causa-efecto.

A mis preguntas ella nunca contestó, poco a poco el mutismo se instaló en su vida, junto con el desánimo, la falta de apetito, la dificultad para tragar y la mirada apagada. La canción quedó en el misterio.

Mi madre murió dos años después de aquello en un año pandémico. Un año impensado, atroz, en el que no podíamos despedirnos ni siquiera de los muertos. No hubo exequias, solo un capellán joven al que convencí de rezar un padrenuestro y de poner una canción en un viejo reproductor de CD. Con los primeros acordes, volví a escuchar a mi madre cantando a mi lado, como aquella vez en el coche, en su alemán bajito, con una dicción casi idéntica a la de Jurgens. Mientras escuchaba sus voces, me fui despidiendo de todas mis madres: de la de los tres años que me llamaba a voz en grito cuando me escondía entre las sábanas tendidas en el patio y se hacía la sorprendida cuando yo la abrazaba tras la tela blanca; ¡soy un fantasma!; de la que me llevaba al colegio de la mano y era la madre más alta y más guapa de todas; de la de mis seis años que, con una sonrisa radiante, me dejó sostener a mi hermano recién nacido que era la persona más pequeña que había visto

en mi vida; de la de mis diez años, que me reñía por meter los dedos dentro del tarro de miel en los desayunos, no hagas eso que es una guarrería, y luego lo hacía ella también; de la que se enfadó aquel fin de curso en que dejé el bachillerato y me puse a trabajar; de la que se emocionó cuando, a mis cuarenta, hice la prueba de mayores de veinticinco años para poder estudiar magisterio: Ya lo acabarás cuando puedas, tienes mucha vida por delante.

En la austeridad del cementerio entendí que la única vez que mi madre cantó aquella canción se estaba despidiendo de mí. No volvería a hablar, no volvería a mirarme a los ojos, no volveríamos a reír juntos, a llorar juntos, a bromear, a emocionarnos. Se olvidaría de mi nombre, se olvidaría de mí. Se adentraría en un tiempo y un espacio donde no la podría seguir.

La música se desvaneció en el aire, pero el eco de la voz de mi madre persistía, como si nunca se hubiera ido a aquel lugar remoto del que ya no regresó en vida. Como si ahora que estaba muerta, pudiera al fin volver y quedarse a mi lado.

Contemplé el cielo gris, cargado de soledades confinadas y de despedidas no pronunciadas. A pesar de la tristeza, salí de allí con la pequeña alegría de una gran certeza: la de que un lazo invisible se había vuelto a anudar.

Dentro de muy poco voy a cambiar de coche. Voy a comprarme uno nuevo, más pequeño, sencillo, híbrido, sin historia. En el viejo dejaré puesto el CD que me encontré en su día. *Merci cherie, adieu, adieu...* Por si puede ayudarle a alguien como me ayudó a mí. Por si puede transformar en música el dolor de la despedida futura de quien todavía no sabe que va a perder muy pronto a alguien que ama.